

E L FRACASO DE LA TEORÍA ECONÓMICA CONVENCIONAL

*José Valenzuela Feijóo**

41

En términos de acumulación, crecimiento y estabilidad, el fracaso del modelo neoliberal en México ha sido rotundo. A partir de éste, el autor se pregunta por el espectro ideológico que ha servido para racionalizarlo. Las raíces, en su opinión, se encuentran en el modelo de equilibrio general desarrollado a partir de Walras. Pasa entonces a exponer críticamente los principales aspectos que integran el citado paradigma. El ensayo, que evita las formas matemáticas, concluye sosteniendo que el modelo se suele encerrar en enunciados metafísicos (*i.e.*, no verificables empíricamente) y posee una capacidad explicativa que es prácticamente nula. Sus funciones son claramente apologéticas y, por lo mismo, resulta desastroso como orientador de políticas de crecimiento; a menos, claro está, que no sea el crecimiento sino el estancamiento y la desocupación lo que implícitamente se esté buscando.

The failure of conventional economic theory

In terms of accumulation, growth and stability, the failure of the neoliberal model in Mexico has been complete. Starting from this premise, the author inquires as to the ideological spectrum which has served to rationalize such a model. The origins, in this writer's opinion, can be found in the model of general equilibrium developed following Walras. The author then proceeds to a critical exposition of the principal aspects of said paradigm. The essay, which avoids mathematical formulas, concludes with the claim that the model usually limits itself to metaphysical statements (*i.e.* not empirically verifiable) and has an explicative capacity which is practically null. Its functions are

* Profesor-investigador del Departamento de Economía de la UAM-Iztapalapa.

clearly apologetic and, for that very reason, it turns out to be disastrous as a guide for growth policies, unless of course it isn't growth but rather stagnation and unemployment which are implicitly being sought.

L'échec de la théorie économique conventionnelle

L'échec du modèle néolibérale au Mexique a été retentissant en termes d'accumulation, croissance et stabilité. A partir de cette hypothèse, l'auteur se demande sur l'éventail idéologique qui a servi à le rationaliser. De son point de vue, les racines se trouvent dans le modèle d'équilibre général développé à partir de Walras. De là, il passe à l'exposition critique des principaux aspects qui intègrent le paradigme en question. L'essai, qui évite des formulations mathématiques, conclut tout en soutenant que le modèle se renferme dans des énoncés métaphysiques (non vérifiables de façon empirique, par exemple) et possède une capacité explicative pratiquement nulle. Ses fonctions sont clairement apologetiques, de là son échec comme guide des politiques de croissance.

42

Allí, como siempre, todo anda magníficamente mal.

Goethe, Fausto.

Pronósticos fallidos

En el Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994 (del cual se dice que fue dirigido y coordinado por el actual presidente, Ernesto Zedillo) se pronosticaba para el bienio 1993-94 un crecimiento del PIB cercano a 6.0 por ciento anual.¹ Sin embargo, el crecimiento efectivo durante ese bienio sólo alcanzó 1.7 por ciento.² En ese mismo Plan (p. 142), se pronosticaba una relación entre inversión y PIB del orden de 27 por ciento para el año de 1994 y de 25.8 por ciento promedio para el trienio 1992-94. Entretanto, la cifra efectiva parece girar en torno a 17-18 por ciento.³ Una tercera y muy decisiva meta se refiere al saldo de la cuenta corriente de la balanza de pagos. En el Plan (p. 141), para 1994, se pronostica un superávit equivalente a 1.8 por ciento del PIB. *Per contra*, la cifra real nos señaló un *deficit* equivalente a 8 por ciento del PIB (según declaración del secretario Guillermo Ortiz). Como vemos, las discrepancias resultan elevadísimas y todas ellas funcionan en un sentido o signo muy desfavorable.

Al comenzar su periodo presidencial, el nuevo gobierno señaló que esperaba un crecimiento del PIB igual a 4.0 por ciento para 1995.⁴ En enero de 1995, luego de la devaluación de diciembre, anunció que la meta de crecimiento se reducía a 1.5 por ciento anual. Ahora, en marzo, vuelve a alterar la meta y pronostica un *descenso* del PIB igual a 2.0 por ciento anual. Las correcciones, a la baja, han sido sucesivas reflejando de paso el gran desconcierto de los medios oficiales. No obstante, se puede asegurar que durante 1995 la caída del PIB será del orden de 5 por ciento. Y ello, si suponemos (con un espíritu bastante cándido) que no surgirán nuevos elementos de incertidumbre, parálisis y descomposición.

¹ Ver *Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994*, México, SPP, 1989, p. 140.

² Datos del INEGI. Para 1993, la cifra ya es oficial y fue de 0.3 por ciento; para 1994, es igual a 3.1 por ciento y se trata de una estimación. En nuestra opinión, esta cifra es algo dudosa y podría estar inflada.

³ "Cuenta nacionales, datos preliminares", según el INEGI.

⁴ Véase "Criterios generales de política económica", Presidencia de la República, México, diciembre de 1994.

Una economista muy plegada al salinismo como es la señora Nora Lustig, de la Brookings Institution, ha declarado recientemente que la falta de crecimiento y de acumulación de la economía mexicana, es “un completo misterio”. Misterio que, peor aún, “nadie ha sido capaz de descifrar”.⁵ Es decir, en el diagnóstico, la oscuridad no parece menor.

¿Por qué surgen esas discrepancias tan enormes y frecuentes entre el pronóstico oficial y el funcionamiento efectivo de la economía?, ¿hay acaso un problema de parálisis de rutas neuronales en el equipo gobernante? Pensamos que no. ¿Se trata, entonces, de gente que no es tonta pero que no posee preparación en materias económicas? En realidad, por lo que se sabe, buena parte de ellos son personas estudiosas y que tienen muchos años de escolaridad a sus espaldas, ¿por qué, entonces, esa terca repetición de chamonadas y de pronósticos fallidos?

Según pensamos, la raíz intelectual de esas inepticias hay que buscarla en el paradigma teórico que utiliza el equipo gobernante. Se trata del conocido enfoque neoclásico en la más dañina y estéril de sus vertientes: la aproximación calificada como walrasiana.⁶ Y valga la advertencia: no se trata aquí de un ejemplo, tal vez dramático, de alienación clínica e ideológica. No hay tal. Si esa vertiente teórica se privilegia con tan extrema terquedad, es porque racionalizarla resulta muy funcional a los intereses clasistas que mueven al modelo. De modo análogo, no se trata de otorgarle a la dimensión teórico-ideológica, el estatuto de variable independiente y determinante del curso económico y social. Es decir, y para ser más precisos, la impotencia teórica que aquí nos interesa recoger viene a ser el reflejo subjetivo de cierta impotencia clasista que es objetiva y previa, la cual sí opera como variable determinante primero de los fracasos reales y, luego (por la vía de la ideología que enarbola) de los costalazos predictivos antes mencionados.

El modelo del equilibrio general. Los eventuales afanes explicativos

Aquí no vamos a entrar en una exposición crítica sistemática y detallada del enfoque neoclásico, del walrasiano en particular. En unas pocas líneas, mal se podría cumplir semejante tarea. Además, una exposición técnica

⁵ Declaraciones en un programa de Televisa, el 5/III/95. De joven, la Sra. Lustig se asoció a los círculos de Luis Echeverría, el poder de entonces. Y se declaraba estructuralista y cepalina. Pero...la vida cambia y la teoría *idem*.

⁶ Walrasiana, por su fundador Léon Walras, nacido en Francia (1834) y muerto en Suiza (1910). Su obra magna, los *Elements d'économie politique pure*, se publicó originalmente en 1974-77, en una edición por entregas. Junto con Karl Menger y E. Bohm-Bawerk (austriacos), Jevons y Marshall (ingleses), se le considera fundador de la “contra-revolución marginalista”. Es decir, del giro casi copernicano y conservador que dio la teoría económica dominante (en contra de las posturas clásicas de los Smith, Ricardo, Mill *et al.*) al iniciarse la década de los setenta del siglo pasado. Con ello, la teoría del “valor-trabajo” de los clásicos (cuyo potencial subversivo había sido ya ampliamente advertido) es remplazada por una teoría del valor fundada en la utilidad subjetiva de los bienes. Asimismo, el enfoque macro y dinámico (de largo plazo) que tipificó a la escuela clásica, se sustituye por otro que enfatiza la microeconomía (de consumidores y de empresas) en un marco de equilibrio estático y estable. Con todo ello, valga el apunte, la teoría del desarrollo desaparece por completo de las inquietudes académicas.

del modelo de equilibrio general (Walras,⁷ Arrow,⁸ Debreu⁹) suele resultar bastante árida y casi siempre, matemáticamente muy compleja.¹⁰ Por ello, nos limitaremos a dos o tres indicaciones muy elementales y que son, en todo caso, las que como mínimo necesitamos para apoyar nuestro argumento central.

¿Qué persigue el modelo de equilibrio general?, ¿cuáles son sus propósitos?

Para contestar, resulta indispensable distinguir dos niveles: *i)* lo que explícitamente declaran perseguir los autores comprometidos con el modelo; *ii)* las razones o propósitos subyacentes de esa teorización. Es decir, lo que de verdad y efectivamente termina por ofrecer el modelo.

Comencemos por el primer nivel.

En breve, lo que se busca es explicar el funcionamiento de las economías de mercado. Es decir, ¿cómo se asignan en ella los recursos y cómo se logra una distribución relativamente proporcional del trabajo social? ¿cómo se logran coordinar las miles de decisiones económicas que día a día toman los miles de agentes económicos, autónomos y fragmentados, que en esas economías operan?, ¿cómo interactúan esos agentes?, ¿cómo se asegura, en ese aparente maremágnum, el curso más o menos equilibrado de la reproducción?, ¿cómo se determinan precios e ingresos, cómo se igualan oferta y demanda, por bienes y por recursos, a escala micro y a escala global o agregada?

A primera vista, las interrogantes son las propias de toda teoría del valor. No obstante, este juicio exige por lo menos dos calificaciones. Primero. Las funciones de una teoría del valor apuntan no a uno sino a tres grandes problemas: *a)* cómo opera la asignación de los recursos (o distribución proporcional del trabajo), en el seno de una economía de mercado. Esto, es algo que sí pretende contestar la teoría que nos preocupa; *b)* cómo opera el desarrollo de las fuerzas productivas (*i.e.*, el crecimiento económico) en las economías de mercado. Para la visión neoclásica, esta pregunta desaparece; *c)* cómo opera el proceso de desarrollo (reproducción y cambio) de las relaciones sociales de producción, en las economías de mercado. También esta pregunta está ausente en el enfoque neoclásico y walrasiano.

Los elementos dinámicos de una teoría del valor se encierran fundamentalmente en las interrogantes segunda y tercera. Pero, según ya se ha indicado, justamente son éstas las interrogantes que desaparecen de la teorización neoclásica. Se trata de un planteamiento estático y, por lo mismo, las consideraciones sobre el cambio y el desarrollo que pudiera experimentar el sistema, quedan relegadas a un lugar del todo marginal o lisa y llanamente se eliminan del sistema. En este sentido, tendríamos que

⁷ Léon Walras, *Elementos de economía política pura*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

⁸ K. Arrow y F. Hahn, *Análisis general competitivo*, México, FCE, 1997.

⁹ G. Debreu, *Teoría del valor: un análisis axiomático del equilibrio económico*, Barcelona, Bosch, 1973.

¹⁰ Para una visión panorámica y sintética, ver Lionel W. McKenzie, "General equilibrium", en *The New Palgrave: General Equilibrium* (Eatwell, Milgate, Newman (eds.), MacMillan, 1989. Una visión más problematizada en F.F. Fisher, "Adjustment Processes and Stability", en la obra citada de Eatwell *et al.* Un reciente texto intermedio es el de Donald W. Katzner, *Walrasian Microeconomics: An Introduction to the Economic Theory of Market Behaviour*, Addison-Wesley, 1989.

la teoría del valor neoclásica resulta considerablemente más restringida que la clásica y marxista.

Segundo. Aunque las interrogantes pudieran ser semejantes —por lo menos en el campo problemático de la asignación de los recursos— la forma de abordarlas y de resolverlas, resultan muy diferentes. Se trata, en suma, de teorías *diferentes*. Por lo mismo, otros son los conceptos y las relaciones funcionales que se manejan.

En la perspectiva neoclásica campean algunos ingredientes muy generales que conviene recordar. Un primer rasgo se refiere al subsistema económico que se privilegia. Como se sabe, el sistema económico se descompone en cuatro subsistemas: producción, distribución, cambio y consumo. Un autor como Marx privilegia la esfera de la producción. David Ricardo y los sraffianos contemporáneos, la distribución. Los neoclásicos, enfatizan el espacio del consumo y de la circulación. Es decir, se supone que la esfera del consumo es la más decisiva o definitoria para el funcionamiento de toda la economía, ello en tanto domina o determina el funcionamiento de los restantes subsistemas.¹¹

Localizada la atención en la esfera del consumo, se enfatizan las preferencias subjetivas del consumidor. Éstas, al final de cuentas, se entienden como las raíces o fundamento de *todo* el sistema. Las preferencias, al gobernar la composición de la demanda, terminan por regular la distribución del ingreso y la composición de la producción. Además, y de modo asaz curioso, esas preferencias subjetivas que tan importante papel juegan en la determinación de todo el sistema, *no son investigadas*. Es decir, se consideran un dato exógeno al modelo económico. Por lo mismo, y ésta es una simple consecuencia lógica de ese tratamiento, tenemos que concluir que se postula que tales preferencias *no son influidas ni determinadas para nada por el sistema económico*.

Además, se sostiene explícitamente que esas preferencias no son influidas por el comportamiento y las preferencias de los *otros* consumidores. Por lo tanto, no sólo el sistema económico sino el conjunto del sistema social no afecta ni determina los patrones de consumo. Rigurosamente hablando, la causalidad neoclásica funciona en un sentido inverso: desde las preferencias subjetivas del individuo, hacia el sistema social. Y si así son las cosas, tendríamos también que concluir que esas preferencias constituyen un factor 'innato' o, si así se quiere, genéticamente condicionado. Al final de cuentas, el estudio de la economía nos remitiría al estudio de la biología.

La última conclusión, aunque es lógica dadas las premisas que se manejan, puede resultar demasiado fuerte. Difícil de tragar incluso por neoclásicos tan proclives al fascismo como Pareto.¹² Por ello se suele

¹¹ Wicksell, por ejemplo, señala que las necesidades funcionan como "razón rectora" y, por ello, la "teoría de las necesidades o el valor deberá situarse en primer lugar". Asimismo escribe que "tanto filogenética como ontogenéticamente, así como por su desarrollo social e individual, el hombre es mucho antes un consumidor que un productor". Cfr. Knut Wicksell, *Lecciones de economía política*, pp. 10 y 17, Madrid, Aguilar, 1947. Otro autor apunta que "en el pensamiento de Walras las economías domésticas son realmente los agentes que determinan, como compradores de productos y como vendedores de servicios, el proceso económico". Cfr. Joseph Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona, Ariel, p. 1 099, 1971.

¹² El marqués Vilfredo Pareto (1848-1923), italiano, sucedió a Walras como profesor en Laussana. Partidario de Mussolini y activo enemigo de la democracia y el socialismo, murió siendo senador (designado por Mussolini) del fascismo.

ensayar una salida que más parece el pase mágico de algún prestidigitador. En ella, se le atribuyen al individuo, como si fueran cualidades innatas, lo que no son sino propiedades o rasgos socialmente determinados. Y luego, se maneja la famosa hipótesis del individualismo o atomismo metodológico. En relación con ésta, la suma de las partes es igual al todo. Por lo tanto, se sostiene que la interacción de las partes no engendra ninguna nueva propiedad o característica del "sistema" que se está estudiando.

Según se ha dicho,

46

el atomismo trata el carácter de cualquier entidad como enteramente derivado del carácter de sus partes, consideradas como existencias independientes, homogéneas y unitarias. Toda totalidad compleja puede ser desmenuzada o analizada en sus partes al margen de las demás, siendo la totalidad únicamente la suma de las partes. El comportamiento de cualquier entidad compleja es, por lo tanto, la suma total de los comportamientos de sus partes. Se atribuye la prioridad a los últimos componentes de un agregado o totalidad, ya que constituyen la realidad fundamental. Además, poseen su carácter esencial, totalmente independiente de sus relaciones con las otras partes y con el conjunto. Estas relaciones son totalmente externas y no alteran el carácter de las partes componentes.¹³

John Stuart Mill, aunque perteneciente a la escuela clásica, describe con singular claridad la postura atomista. En sus palabras,

los hombres en el estado de sociedad son fundamentalmente individuos; sus acciones y sus pasiones obedecen a las leyes de la naturaleza humana individual. Al reunirse, no se convierten en una sustancia distinta, dotada de propiedades diferentes, como el hidrógeno y el oxígeno son distintos del agua (...) los seres humanos en sociedad no tienen más propiedades que las derivadas de las leyes de la naturaleza individual y que pueden reducirse a ésta.¹⁴

En la teoría neoclásica del consumo, esta suposición es la norma. Típicamente, se nos dice que

la demanda de mercado de un bien dado es sólo la *suma horizontal* de las demandas individuales. En otras palabras, la cantidad demandada a cada precio, es la suma de todas las cantidades demandadas por los individuos a ese precio.¹⁵

Y por cierto, en el estudio de la demanda individual, se supone que el comportamiento de los otros consumidores no afecta las decisiones del que se estudia.¹⁶ Por lo demás, si este supuesto de independencia de las

¹³ Ver H.K. Girvetz, *The Evolution of Liberalism*, Nueva York, p. 41.

¹⁴ J.S. Mill, *Système de logique déductive et inductive*, t. 2, París, Alcan, 1909, p. 468.

¹⁵ C. E. Ferguson, *Teoría microeconómica*, México, FCE, 1973, p. 75.

¹⁶ No puede existir, *verbi gratia*, algo tan usual como el denominado "efecto demostración".

decisiones se levantara sucedería igual si se aceptase la presencia de des-economías externas tan visibles como la contaminación generada por el funcionamiento de las fábricas industriales, la misma coherencia del modelo global quedaría en el aire. Se trata, como vemos, de una óptica muy curiosa: se estudian sólo cierto tipo de interdependencias. Las otras, las que dificultan y destruyen la coherencia del modelo, lisa y llanamente se dejan de lado.

En el caso del esquema de equilibrio general walrasiano se da una peculiaridad adicional que conviene por lo menos mencionar. Al buscar describir la interdependencia económica general que se da entre los diversos agentes, Walras los toma en el más estricto plano microeconómico y no procede a ninguna agregación. En términos formales, por lo mismo, opera con n mercados de bienes y n precios (ello, amén de los mercados de factores).¹⁷ Para algunos, esto es señal de su fortaleza. Para muchos otros, más bien la clave de su gran esterilidad:

47

el modelo de equilibrio general de Walras, que está en el centro de una parte tan considerable de la teoría económica académica actual, es una ingeniosa formalización de la interdependencia de muchos sectores de la economía. El modelo intentaba excluir el mínimo posible de estos fenómenos de interdependencia y se proponía demostrar en términos formales cómo su interacción podía acabar determinando unos valores para todas las variables del sistema. Pero el mismo éxito del modelo de equilibrio general, en su propósito de excluir el mínimo posible de complejidades de la economía, tenía una grave contrapartida, al reducir buena parte de su discusión a una esterilidad formalista. Es sólo ligeramente exagerado decir que durante largo tiempo los economistas no pudieron deducir nada de estos modelos aparte de su coherencia interna (y durante cierto tiempo, no consiguieron ni siquiera esto).¹⁸

En suma, estamos ante un típico ejemplo de lo que es una mala e infecunda abstracción, pero sobre este punto volveremos más adelante.

Por cierto, nada impide que se pueda hablar de una "macroeconomía walrasiana". Para ello, de acuerdo al postulado del atomismo, bastaría sumar algunos de los miles de mercados que se manejan en el modelo. No en balde, se ha dicho que "un sistema de equilibrio general es simplemente un modelo macroeconómico totalmente desagregado".¹⁹ Es decir, al final de cuentas, ésta muy peculiar "macroeconomía" no es más que una

¹⁷ En el modelo formal se distinguen miles de consumidores o familias. Estas unidades operan con cierta dotación de factores. Demandan mercancías y ofertan factores. Las empresas, son las otras miles de unidades. Demandan factores y ofertan mercancías. En este contexto, se buscan los precios de equilibrio, capaces de 'vaciar' cada uno de los mercados, de bienes y de factores. El tratamiento de la inversión suele ser muy confuso. Serían las familias las que ahorran e invierten el unísono para luego 'arrendar' los servicios del capital a las empresas. Éstas, según las describe el modelo, son entidades técnicas (transforman *inputs* en *outputs*) que buscan maximizar sus beneficios. La correspondencia que guardan con las empresas capitalistas reales es más que pálida.

¹⁸ William J. Baumol, "Una nueva crítica de la economía de Marx", en *Monthly Review*, abril-junio de 1980, Barcelona (edic. en castellano).

¹⁹ Koutsoyiannis, *Microeconomía moderna*, Buenos Aires, Amorrortu, 1985, p. 529.

microeconomía neoclásica tradicional expandida.²⁰ Y claro está, por esta ruta se destruye completamente la propuesta de Keynes. Éste, sometió a dura crítica a la "macro" neoclásica previa pero en típica inconsecuencia dejó prácticamente indemne a la micro. De tal modo se generó una abierta contradicción lógica entre la macro y la micro dominantes en la inmediata posguerra. Pero en vez de refundar la microeconomía en consonancia con la heterodoxia de la macro de Keynes,²¹ se terminó por expandir la micro ortodoxa y sepultar así a la macro de Keynes.

El desplazamiento del campo problemático. La teoría como apologética

48

Muy pronto, por no decir que de inmediato,²² a las preguntas por el modo de funcionamiento (lo que Friedman ha denominado "enfoque positivo de la economía") se comienzan a agregar otras que son de naturaleza un tanto diferente. Por ejemplo, se pregunta: *i)* ¿asegura el sistema de mercado un pleno empleo de todos los recursos disponibles, humanos y materiales? *ii)* ¿asegura el sistema el uso más eficiente de los recursos? *iii)* ¿asegura el máximo bienestar de la población? Es decir, ¿coloca a la economía en el denominado óptimo de Pareto?²³

Éstas, son más bien preguntas que apuntan a una evaluación del sistema. Y tal vez lo más curioso, o sugerente, es que estas interrogantes llegan a remplazar a las primeras (de carácter interpretativo) o a ser identificadas (en clara falacia) con ellas. Pareto, por ejemplo, se ufanaba declarando que a él no le importaba el destino del capitalismo, el triunfo del socialismo, etcétera; que eso era materia de preferencias políticas ajenas al *élan* científico que él desplegaba. No obstante, lo básico de su obra (así como la de su amigo Enrico Barone) se concentra en el terco afán de demostrar las bondades del capitalismo y las ineficiencias (cuando no imposibilidad matemática) del socialismo. Las preguntas, por cierto, pueden ser muy pertinentes. Y si de respuestas objetivas se trata, ello demandaría el muy obvio y elemental recurso a la evidencia empírica,

²⁰ En algunos manuales relativamente recientes, esto queda muy claro. Por ejemplo, en R. J. Barro, *Macroeconomía*, México, Internacional, 1986. También en Joseph E. Stiglitz, *Economía*, Barcelona, Ariel, 1994. Este autor, por lo menos, reconoce lo que tartufescamente se viene denominando "fallos del mercado".

²¹ Ésta es la propuesta de los actuales poskeynesianos, de Joan Robinson, Paul Davidson, Alfred Eichner y otros. Ver, por ejemplo, el libro póstumo de Eichner, *The Macrodynamics of Advanced Market Economies*, Nueva York, M. E. Sharpe, Armonk, 1991.

²² En realidad, Walras declaró explícitamente su interés por proporcionar una prueba rigurosa de las ventajas económicas que implicaba la economía capitalista. William Jaffe, el gran editor al inglés de la obra de Walras, ha recalcado los propósitos normativos de la teoría del equilibrio general. Otros, hablan de una teoría "positiva" al servicio de propósitos "normativos". Ver W. Jaffe, "Walras's economics as others see it", en *Journal of Economic Literature*, vol. XVIII, junio 1980. También Peter de Gijssel, "On the role of general equilibrium theory in Walras's theory of a just society", en Donald A. Walker (ed.), *Perspectives on The History of Economic Thought*, vol. I, Edward Elgar, Aldershot, 1989.

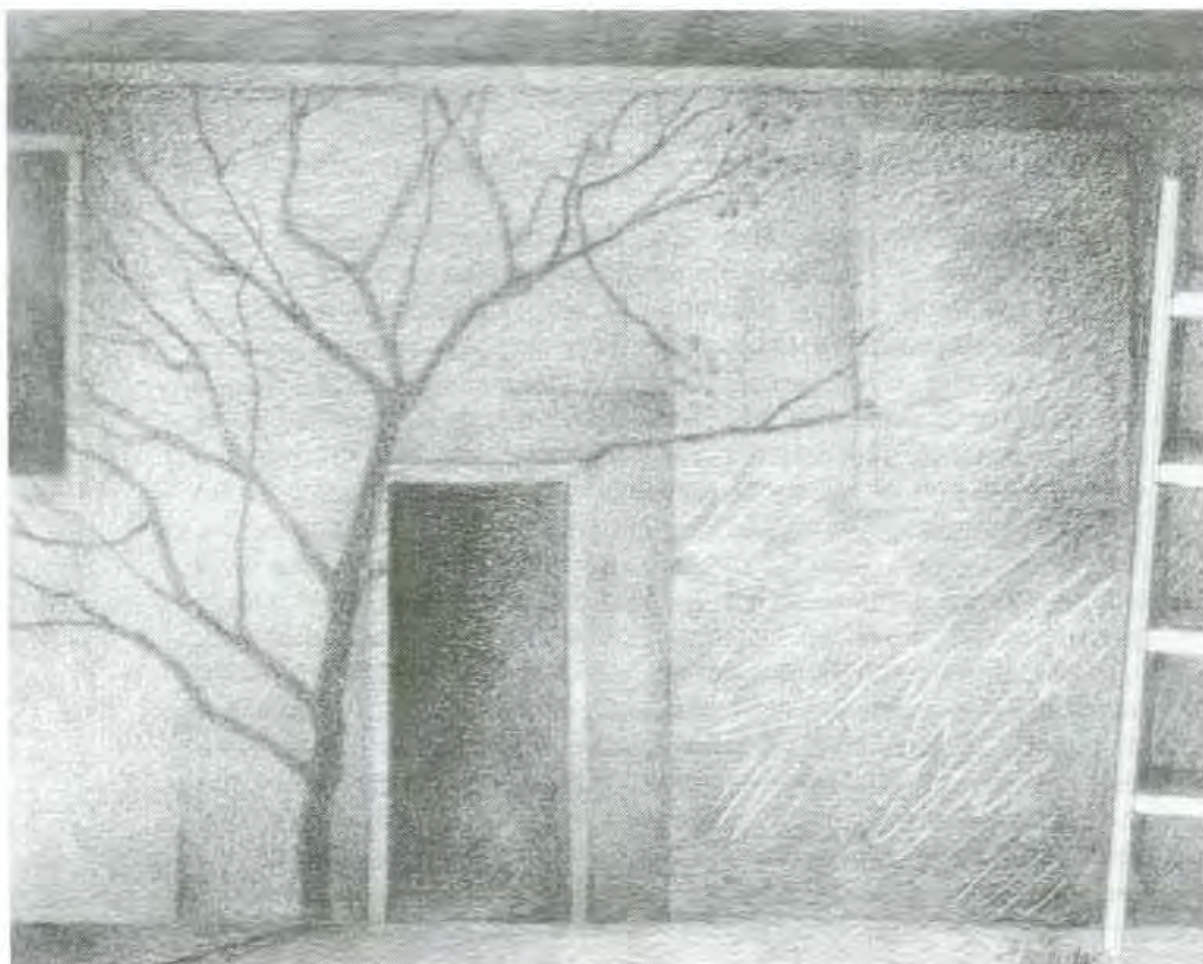
²³ Por óptimo de Pareto, se entiende una situación en que la elevación del bienestar de una persona o grupo, provoca el descenso del bienestar de otra persona o grupo. Es decir, las ganancias de unos se traducen en pérdidas para otros. Valga observar que *antes* que la economía llegue a esta posición, los conflictos *no existen*. Por cierto, esta teoría borra de un plumazo el fenómeno de la explotación y de los conflictos que le acompañan. Éstos, surgen sólo si se pretende ir más allá de los óptimos paretianos.

a lo que la historia del sistema capitalista nos muestra. No obstante, y esto es aún más curioso y revelador, *no es ésta la ruta que siguen los walrasianos*. En vez de volverse a la evidencia histórico-factual, se refugian en el mundo de la especulación pura, del apriorismo más estricto.

En concreto, la ruta que sigue la especulación walrasiana es la de averiguar cuáles son los requisitos formales que debe satisfacer el modelo teórico para probar que el sistema satisface todos esos óptimos que antes hemos mencionado. Al final de cuentas, se trata de demostrar con rigor matemático las *previamente* declaradas bondades del capitalismo. Pero aquí se pasa a calificar a un ente *construido* por el investigador y no al fenómeno *real*. La teorización, que ya no versa sobre el capitalismo real sino sobre un ente ideal *ad-hoc*, se utiliza en consecuencia, para legitimar al sistema y por lo mismo, asume un rotundo tono apologético.

En los propósitos apologéticos, podemos distinguir dos núcleos centrales. Primero, se trata de embellecer-glorificar el funcionamiento global del sistema: nadie como él, es capaz de maximizar el bienestar de los ciudadanos. Segundo, se trata de justificar-legitimar el modo mediante el cual los capitalistas acceden al producto. Es decir, se trata de transformar la plusvalía en la contraparte de un costo real y, por ende, disolver toda posible asociación entre ella y la muy incómoda noción de explotación.

Para el primer propósito, el modelo del equilibrio general walrasiano es sin duda el artefacto favorito de la ideología dominante. Para el segundo, las teorías de un beneficio capitalista basado en la 'espera' o 'abstinencia', resultan vitales.



Una axiomática muy peculiar

En los propósitos que se canalizan por medio del modelo de equilibrio general competitivo, por conducto de autores como Allais, Arrow, Hahn, Debreu, Wald, Weintraub y otros, se ha desembocado en el desarrollo de muy sofisticadas propuestas que manejan el *método axiomático*.

Esto pudiera parecer un logro mayor. Algo capaz de situar a la economía definitivamente y ya sin remilgos, en el muy exquisito club de las *verdaderas* disciplinas *científicas*. Como regla, las ciencias maduras se apegan al método hipotético-deductivo. Se parte de ciertos principios, leyes o categorías muy generales con cargo a los cuales se unifica y jerarquiza el campo problemático. Y luego, por la vía discursiva, se va desplegando todo el sistema teórico, avanzando desde los niveles más abstractos y generales, hasta los más concretos y particulares. Y es aquí donde usualmente pasa a actuar la contrastación empírica. Es decir, la verificación empírica de los principios más generales no es directa sino que se da por la vía de sus implicaciones. De ahí, entre otras razones, la extrema importancia de lograr cadenas deductivas que sean impecables. Para ello, la axiomatización de la teoría representa un estadio superior.

Que tal método se aplique a la teoría económica, por lo mismo, resulta loable. Y da fe de la tremenda potencia intelectual de autores como Arrow y Debreu. No obstante, la ruta neoclásica de la axiomatización, se revela como muy *sui generis*. El punto es el siguiente: en el caso que nos preocupa, *se parte de lo que se desea probar* (las ventajas del modelo competitivo) y *a partir de ello se infieren los axiomas, postulados y supuestos iniciales que el modelo debe utilizar*. Se trata, por cierto, de un procedimiento muy ajeno a los cánones del trabajo científico y que termina, ineludiblemente, por transformarse en un ejercicio (o juego) lógico muy estéril (a la vez muy sofisticado) y que recuerda lo peor de la escolástica medieval.

Las proposiciones básicas del modelo de equilibrio general

Primero, se supone un modelo de libre y perfecta competencia capitalista. Esto, de acuerdo a la definición usual que aparece en los libros de texto. Lo cual, por cierto, ya nos enfrenta a un contexto bastante restringido pues: *i)* ese concepto de libre competencia, no coincide con las realidades históricas en que se supone ha imperado la libre competencia. En el caso real lo decisivo es la libre movilidad del capital, la incapacidad de la empresa particular para determinar (o incidir en) los precios y la tendencia a la igualación de las cuotas de ganancia ramales. En el modelo, amén de esos ingredientes se exige “perfecta visibilidad”, plena información, cero incertidumbre, evitar los rendimientos crecientes y otros requisitos que prácticamente nunca se han satisfecho a cabalidad; *ii)* en el mundo contemporáneo, como es evidente, lo dominante son las estructuras oligopólicas. Más aún, tiene lugar un *nexo genético* entre la libre competencia y la competencia monopólica. Es decir, la primera *engendra* a la segunda en virtud de las mismas leyes que rigen su funcionamiento. Pero esto, en virtud del carácter estático del modelo, es algo que escapa completamente a sus posibilidades interpretativas. Es decir, la libre competencia no se ve como una estructura en movimiento y desarrollo, sino que como una configuración estable y, al final de cuentas, *congelada*.

Luego, se supone que en tal contexto —el de la libre competencia en relación con su muy restrictiva y exigente definición— el sistema económico capitalista asegura:

a) La plena utilización de los recursos económicos, tanto humanos como materiales. Para el caso de la fuerza de trabajo, por ejemplo, se sostiene que no puede haber un “desempleo involuntario”. El pleno empleo de los factores va asociado al equilibrio de los n mercados de bienes. Ello, significa que el sistema es capaz de encontrar (en Walras por la vía de un mítico subastador) los correspondientes precios de equilibrio. De este modo, se despejan cada uno de los mercados, no habiendo en ninguno de ellos ni demanda ni oferta excedentaria: “nada falta, nada sobra”.

b) La combinación más eficiente de los recursos productivos. Es decir, se utilizan de un modo óptimo y, por lo mismo, se maximizan los resultados productivos. Las empresas, para maximizar sus beneficios, minimizan sus costos. Ello se logra cuando la tasa marginal de sustitución técnica entre, *verbi gratia*, el trabajo y el capital (igual al cociente de las respectivas productividades marginales o a la pendiente de la isoquanta que la restricción presupuestaria permite alcanzar) es igual al precio relativo de los factores. Y como estos precios relativos son generales, el equilibrio exige que de empresa a empresa, las tasas marginales de sustitución técnica sean iguales. Además, al cumplirse esa condición, tenemos que la economía alcanza la frontera de sus posibilidades de producción. Es decir, se sitúa en algún punto de su curva de transformación.

c) La utilización (que es plena y eficiente) de los recursos productivos se aplica a la producción de aquellos bienes más solicitados por la población. Es decir, se satisfacen de la mejor manera posible esas preferencias y, por lo mismo, ello lleva a maximizar el bienestar social. A título individual, los consumidores logran su equilibrio cuando su tasa marginal de sustitución en el consumo de bienes (igual a la pendiente de la más alta curva de indiferencia que su restricción presupuestaria les permite alcanzar) se iguala a los precios relativos de esos bienes. Además, como no hay restricciones al intercambio de mercancías, por las rutas del contrato de Edgeworth esa tasa de sustitución termina por igualarse para todas las familias. Finalmente, y de este modo se corona la sinfonía del bienestar y la armonía, esa tasa se iguala a la pendiente de la curva de transformación. Por aquí también aparecen las míticas “curvas de indiferencia sociales o de la comunidad” y el aún más mítico y sacrosanto principio de la “soberanía del consumidor”.²⁴

Como vemos, se produce lo que las personas ordenan (*i.e.*, prefieren), para ello se utilizan *todos* los recursos disponibles y se los usa con la máxima eficiencia. Algo así como un mundo ideal.

d) Un cuarto y muy decisivo aspecto se refiere a la *estabilidad* del equilibrio.

La idea es sencilla. Si algún factor exógeno perturba el equilibrio, el mercado reacciona automáticamente provocando la recuperación del equilibrio. Además, se sostiene que la vuelta al equilibrio es rápida.

Orientaciones de política

Si el sistema, por sí mismo, es tan benéfico y tan estable, la moraleja es clara: no se debe interferir en su funcionamiento. Además, en el caso de

²⁴ No hay propaganda ni cosas por el estilo.

que la realidad del capitalismo no mostrara una economía estable, con pleno empleo y máximo bienestar, ello debería cargarse a las intervenciones desestabilizantes (por su misma naturaleza, no porque asuman tal o cual orientación) del aparato estatal. En suma, *no a la intervención estatal y sí a la espontaneidad del mercado*. Tal sería la fórmula que la razón y los intereses de la comunidad demandarían.

El principio, se aplica en un doble espacio. Primero, en el plano del mercado interno, el de la economía nacional. Segundo, en el plano de las relaciones de la economía nacional con el resto del mundo. Ello, se traduce en dos grandes propósitos o líneas de acción: *i)* privatizar la economía y llevar a un mínimo la intervención estatal. Evitar que ésta afecte la asignación de recursos que fluye espontáneamente del mecanismo del mercado (o ley del valor); *ii)* abrir la economía al mercado mundial (la famosa "apertura económica") y liberalizar plenamente el movimiento de mercancías y de capitales.

En lo expuesto hay un problema que por lo menos conviene mencionar. *Como lo que en la realidad existe son las estructuras oligopólicas, la predicada espontaneidad lo que hace es favorecer la libre operación de los monopolios*. Tal es, sin dudas, la función *latente* (al menos en la actualidad) de la configuración ideológica que nos ha venido preocupando.²⁵

Breve evaluación del modelo

Al modelo de equilibrio general lo podemos evaluar en tres aspectos: *i)* como interpretación de la realidad. Es decir, en términos de falso o verdadero; *ii)* como fundamento de las políticas económicas y las estrategias de desarrollo; *iii)* como *corpus* ideológico-apologético.

A título previo, digamos que hay algunos aspectos del modelo, referidos a la teoría del capital que maneja, cuya coherencia lógica es dudosa.²⁶ Asimismo, para no pocos, su carácter metafísico (*i.e.* ajeno a "falsaciones" popperianas) le otorga un estatuto 'especial'. Al decir de Blaug, "carece de contenido empírico" y, por ello, se trata de una teoría que es "inaplicable, en vez de falsa".²⁷ Se trata, por cierto, en uno y otro caso de críticas muy serias. Pero aquí, como un acto de bondad, las vamos a ignorar. Es decir, suponemos que el modelo se sitúa más acá, en un terreno para él más propicio y es en este espacio donde aplicamos las interrogantes antes indicadas.

En lo que se refiere al primer aspecto, bastaría un simple vistazo a la evidencia histórica: el capitalismo no es estable ni asegura el pleno empleo de los recursos. Y cuando se debilita la intervención estatal, la inestabilidad se acentúa y aumenta el despilfarro. Al respecto, la última experiencia mexicana (1982-1994) resulta contundente.

²⁵ Se podrían aquí distinguir dos vertientes: *i)* la que podríamos denominar "rousseana", que se toma en serio las bondades de la competencia perfecta. Es la secta de los "alienados pero honestos". Allí podrían caber Walras y hasta el mismo Arrow; *ii)* la secta de los cínicos, de los que favorecen a los monopolios esgrimiendo las bondades de la libre competencia. Autores como Becker, Barro, Lucas y Friedman, caben muy bien en ella.

²⁶ Ver P. Garegnani, *El capital en la teoría de la distribución*, Barcelona, Oikos-Tau, 1982.

²⁷ Mark Blaug, *La metodología de la economía*, Madrid, Alianza Universidad, 1985, pp. 213 y s.

Pero hay algo previo y más decisivo —si cabe— aún. Se trata de que la noción de mercado que manejan los neoclásicos es esencialmente falsa y engañosa. Para el caso, podemos referirnos a dos dimensiones básicas: la de la asignación de los recursos y la de las leyes internas que regulan el *desarrollo* del sistema.

En la dimensión de la asignación de los recursos, no se entiende que el mecanismo del mercado es un método de ensayo y error, en el cual las equivocaciones (producir más o menos de lo que el “estómago del mercado es capaz de deglutir”) y, por ende, el despilfarro, son ineludibles. De aquí, además, la distinción entre precio de mercado (o instantáneo) como diferente del precio “natural” (o precio de producción), que es el que funciona como “centro de gravitación” o valor de tendencia. Para el caso, no está demás recordar el revelador mecanismo que se inventa Walras para llegar a sus precios de equilibrio. En vez de hacer operar al mercado, hace intervenir a un mítico subastador (que se parece mucho al comisario de un régimen de planificación centralizada) el que “grita” precios y recoge los deseos de compras y ventas que a esos precios manifiestan los agentes. Ello, hasta alcanzar los precios de “equilibrio”, momento en el que *entonces* se efectúan las transacciones efectivas.²⁸ Es decir, *el subastador de hecho remplace al mercado real* y, de este modo, evita los errores de los agentes productivos. Como quien dice, “a confesión de partes, relevo de pruebas”. El mismo Walras, con su subastador, reconoce que un sistema de planeación central evita el despilfarro de producción y recursos que tipifica a los mercados reales.

Junto a lo expuesto, está el problema del equilibrio estable. En los mercados reales, sí operan tendencias hacia el equilibrio (los precios efectivos o de mercado, giran en torno a los “naturales”) pero la estabilidad estática no existe. Muy por el contrario, lo que existe es el desarrollo. Veamos, entonces, este segundo aspecto.

En la dimensión del desarrollo, se desconocen completamente las leyes objetivas internas que regulan el desarrollo del sistema. Por ejemplo, no se entienden el “efecto crecimiento” ni el “efecto desigualdad” que tipifican a las estructuras económicas mercantiles.²⁹ Por lo mismo, los neoclásicos y en particular los walrasianos, ni siquiera sospechan cuáles son los rasgos que tipifican a la dinámica más elemental del sistema. De igual modo, el proceso de transformación de las estructuras de libre competencia en estructuras monopólicas, es algo que les resulta del todo ajeno. Cuando mucho, estos autores colocan una estructura *al lado* de la otra, pero la posibilidad de un *nexo genético* entre una y otra les sabe a misterio teológico.

Repasar algunas opiniones, de muy distinguidos economistas, pudiera ser aleccionador.

Edward K. Hunt, de orientación radical, sostiene que la creencia de Walras en un equilibrio general que asegure el pleno empleo, automáticamente determinado por el mercado, es “un asunto de pura fe”, que es “injustificable, tanto sobre bases teóricas como empíricas”.³⁰ Para Keynes,

²⁸ Aceptar que se efectúan transacciones a precios que no son los de equilibrio, le plantea al modelo problemas casi insolubles.

²⁹ Para una explicación de estos efectos, ver José Valenzuela Feijóo, “Acumulación, productividad y plusvalía extraordinaria”, en *Reporte de Investigación*, México, UAM-I, Departamento de Economía, 1994.

³⁰ E.K. Hunt, *History of Economic Thought: a Critical Perspective*, Wadsworth Publishing, 1979, p. 265.

los economistas de tipo walrasiano son como Cándidos que se “apartan de este mundo para cultivar su propio jardín”. En sus palabras, “bien pudiera ser que la teoría clásica represente el modo según el cual nos gustaría que se comportara nuestra economía. Pero suponer que en realidad así lo hace, es suponer que nuestras dificultades no existen”.³¹ Eichner, poskeynesiano, cuenta que “al caer la tarde, con dos o tres copas encima, muchos profesores de economía empezarán a confesar sus propias reservas acerca de la teoría que conforma el núcleo de un programa académico. Una teoría que, reconocerán, no sintoniza bien con el comportamiento observado de las instituciones económicas”.³² Oskar von Morgenstern, el gran matemático, señala que el modelo “no concuerda con ningún mercado conocido, y si tal mercado existiese, de seguro sería insignificante”.³³

Las críticas, son certeras. Pero comparten una gran insuficiencia. Destacan los errores del modelo pero, como regla, no van asociadas al desarrollo de una teoría alternativa correcta. Para ello, en realidad, hay que romper *completamente* con la muy estrecha forma del neoclasicismo y recuperar la gran visión de los clásicos. Sobre todo, la de Marx, el autor que con mayor rigor y profundidad ha analizado el funcionamiento de las economías de mercado. Claro está, sería ingenuo suponer que tal elección vaya a depender exclusivamente de las normas que suelen regir el trabajo científico. En la teoría económica, las pasiones del interés clasista suelen subordinar —cuando no arrollar— sin mayores miramientos a ese tipo de normas y procedimientos.

¿Qué podemos decir de la teoría en cuanto sustento de políticas y estrategias de desarrollo?

Primero, tenemos que *acentúa la desigualdad económica*. En general, la extensión del carácter mercantil provoca una gran aceleración en los ritmos de crecimiento. Pero a la vez, provoca un efecto de desigualdad. Es decir, acentúa la disparidad entre naciones pobres y ricas, entre regiones atrasadas y adelantadas, entre clases y grupos de ingreso alto y bajos. Esto no es más que la contrapartida del mayor crecimiento y el principio involucrado se podría enunciar, intuitivamente, así: al entrar a un mercado no regulado, “los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres”. Y adviértase: el modelo resulta beneficioso para algunos y muy perjudicial para otros. En el plano internacional, favorece a los países más poderosos y daña a los más débiles y subdesarrollados. En el plano interno, *verbi gratia* favorece al gran capital y perjudica al mediano y pequeño. Y así sucesivamente.

Segundo, se *acentúa la inestabilidad y el desempleo de los recursos*. Para el caso, la hipótesis central de Keynes sigue conservando toda su validez. El sistema, que opera espontáneamente, para nada asegura el pleno empleo de los recursos (de la fuerza de trabajo y de los acervos de capital fijo) amén de que profundiza la proclividad cíclica que es inherente

³¹ John Maynard Keynes, “The General Theory of Employment, Interest and Money”, en *The Collected Writings of J.M. Keynes*, vol. VII, MacMillan, 1973. La versión castellana del FCE no traduce bien este párrafo.

³² Ver Prefacio a Alfred Eichner (ed.), *Economía poskeynesiana*, Madrid, H. Blume, 1984, p. 7.

³³ Oskar von Morgenstern, *Spieltheorie und Wirtschaftswissenschaft*, Viena-Munich, 1963, p. 160. Citado por Antal Matyas, *History of Modern Non-Marxian Economics*, Budapest, Akademia Kiadó, 1980, p. 57.

al régimen capitalista.³⁴ Como bien lo señalara Keynes (muy preocupado por el problema de la ocupación) al referirse a las doctrinas neoclásicas, "sus enseñanzas engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales".³⁵

Dicho lo anterior, permítasenos una advertencia. Podemos considerar al estilo o modelo neoliberal como la expresión más pura, en la época actual, de la filosofía económica que hemos venido comentando. Por lo mismo, dado lo que acabamos de exponer (v.g., el juicio de Keynes) nos podríamos preguntar: ¿se trata, entonces, en el caso del neoliberalismo, de una pura irracionalidad, de un puro sinsentido? La respuesta es clara: como decía Hegel, todo lo que existe es racional. Es decir, si algo existe es porque alguna función o necesidad histórico-social satisface. Por ello, las realidades sociales sólo en la apariencia pueden pensarse como absurdas: siempre responden a alguna necesidad histórica y desaparecen sólo si esa necesidad perime. Se trata, en breve, de evitar calificativos como el de "genocidio económico", "política económica absurda" y demás, de superar estas descripciones superficiales (más moralistas que perceptivas) y penetrar en la real nuez o *raison d'être* de los procesos y fenómenos involucrados. Para nuestros propósitos, el punto a subrayar sería: el modelo neoliberal sí es incapaz de impulsar la acumulación y el crecimiento (y, por ello, a la *larga*, no se puede consolidar), pero su funcionalidad hay que buscarla por *otro lado*. Es decir, considerado como un mecanismo capaz de dinamizar el crecimiento, pudiera ser absurdo e irracional. Pero *para otros propósitos*, bastante adecuado. Limitándonos estrictamente a lo más básico, podemos decir que con el proyecto neoliberal se trata de derrotar para un largo plazo a la clase obrera y redefinir, hacia abajo, el valor de su fuerza de trabajo. Asimismo, se trata de aumentar el grado de monopolio. Y *para estos propósitos la eficacia del patrón neoliberal es inapelable*.³⁶ De igual modo, como factor de racionalización ideológica de tales propósitos, el *corpus* que hemos venido discutiendo no es de poca utilidad. Claro está: es útil porque provoca justamente lo contrario de lo que explícitamente declara. Algo que, por cierto, no deja muy bien paradas a las pretensiones científicas del modelo.

El tercer eje evaluativo se refiere a la calidad del modelo de equilibrio general en cuanto *corpus* ideológico y apologético. Y si en los otros aspectos la evaluación es casi siempre reprobatoria, en éste habría que reconocerle una muy tremenda eficacia. Tal vez por su misma gran sofisticación y apariencia de disciplina respetable y científica, la teoría económica ha pasado a jugar un papel vital en los procesos de dominación y legitimación ideológica.

³⁴ Hemos examinado el problema para el caso concreto de la economía chilena. Ver José Valenzuela Feljoo, *Crítica del modelo neoliberal*, en especial el cap. III. México, Facultad de Economía, UNAM, 1991. Para una visión panorámica de lo sucedido en los países más avanzados, también sujetos al "flagelo monetarista", ver Andrew Glyn, "The costs of stability: the advanced capitalist countries in the 1980s", en *New Left Review*, núm. 195, septiembre-octubre, 1992.

³⁵ J. M. Keynes, *La teoría general*, México, FCE, 1974, p. 15.

³⁶ Si se persigue arrinconar a la clase obrera, una tasa de desocupación alta y prolongada pudiera ser necesaria. Ello, a su vez, implica estancamiento económico. Por lo mismo, si para evaluar el período nos concentramos exclusivamente en el crecimiento, más que *entender* vamos a estar *denunciando* y se nos van a escapar completamente las "razones del período", el porqué de lo existente. De lo que, a primera vista, nos pudiera parecer absurdo e irracional.

En el corazón de la ideología burguesa dominante, podríamos tal vez distinguir dos grandes pilares o núcleos esenciales.

El primero apunta al sistema económico y es el que nos ha venido preocupando. De acuerdo con él, el mercado (que además es un mercado capitalista) es el mecanismo que asegura la mayor eficiencia económica y el máximo bienestar de la población.

El segundo, se refiere al sistema político y nos indica que la libertad ciudadana y la democracia política representativa, son las instituciones políticas más valiosas y favorables al ser humano. Además, esta ideología agrega que esas instituciones políticas sólo pueden existir si también existen el mercado y la propiedad capitalista, usualmente denominada "propiedad privada". Es decir, el modo político que se juzga "ideal" es función de o depende del modo económico "ideal": la libertad ciudadana y la democracia formal desaparecen si desaparecen el mercado y la propiedad "privada". El aspecto económico recién mencionado, por lo tanto, opera como su sustento o base material ineludible.³⁷

Lo mencionado, pudiera parecer demasiado simplón,³⁸ pero constituye el alfa y el omega de la ideología que esgrimen día a día las clases dominantes del sistema y sus correspondientes teólogos. Y a fe de observador, que se trata de un mensaje muy expandido y penetrante. Por ello, hablamos de gran eficacia.

La crítica pequeño-burguesa y los "fallos" del mercado

Los economistas, que no suelen "engallarse" con los hombres del poder, terminan muchas veces por creer que el mercado es como la teoría walrasiana lo describe.³⁹ Algunos, piensan, además que se trata de una buena aproximación al funcionamiento real de la economía. Otros, un poco menos tercos, aceptan que la realidad se aleja —por lo menos en algún

³⁷ La asociación ya fue predicada con especial fuerza por los fisiócratas. También por los clásicos. En la actualidad, Milton Friedman y su esposa Rose, le han dedicado unos muy conocidos *best-sellers*. Por ejemplo, *Libertad de elegir*, Planeta, 1993. También, *Capitalismo y libertad*, Madrid, Rialp, 1974.

³⁸ Por ejemplo, no siempre hay congruencia entre mercado, libertad y democracia. En los modelos neoliberales el mercado prácticamente "exige" regímenes dictatoriales. Es decir, entre el "bienestar" y los "óptimos paretianos" que predica la teoría económica convencional y las formas democráticas (por limitadas que éstas sean) suelen surgir conflictos muy serios. Y no hay empacho en doblegar la libertad y la democracia en favor de las "necesidades" del mercado. Los teóricos, por ejemplo, sostienen que las privatizaciones y desregulaciones elevan el bienestar de la comunidad. Y lo hacen por la ruta de Pareto, sin perjudicar a nadie. No obstante, algunos reconocen que "el público no siempre comparte el entusiasmo de los economistas profesionales por la desregulación" (ver Clifford Winston, "Economic deregulation: days of reckoning for microeconomists", en *Journal of Economic Literature*, vol. xxxi, núm. 3, septiembre, 1993. Este mismo autor, declara que la desregulación ha implicado un mejoramiento del bienestar al modo de Pareto). Como vemos, se trata de un "bienestar social maximizado" que "curiosamente" la comunidad rechaza. La teoría sacraliza las preferencias de los individuos pero, por lo que se ve, si éstos rechazan las conclusiones de la teoría, tanto peor para los individuos y comunidades. La analogía con el modo de funcionamiento de la democracia burguesa no es menos sugerente. Aquí, si la mayoría deja de votar por los intereses de la minoría (i.e. por la clase dominante), la democracia se suprime.

³⁹ Se podría decir que recuerdan a Don Quijote con sus novelas de caballería. Pero en tanto los economistas son muy bien remunerados por sus delirios, Don Quijote sólo cobraba palizas, desprecios y sufrimientos. Como bien se ha dicho, el dinero "calcula bien" y no suele equivocarse.

grado— de lo que el modelo sostiene. Éste es el grupo que ahora nos interesa.

Podríamos aquí, recordar la distinción que efectúan Eatwell y Milgate entre el “grupo del mercado” y el grupo de los “imperfeccionistas”.⁴⁰ Los primeros, son los que aceptan tal cual al modelo walrasiano y que antes hemos denominado “vertiente cínica”. Los segundos, se aproximan a lo que hemos denominado vertiente “pequeño-burguesa” o “rousseoniana”.

¿Cuál es la lógica o enfoque que manejan los ideólogos de la imperfección o “fallos” del mercado?

Primero, se asume que la teoría o modelo dominante es verdadera. Es decir, refleja adecuadamente, en el plano intelectual, el modo de funcionamiento del mercado. En esto, por cierto, este grupo coincide con la primera corriente, la de los “cínicos”. En segundo lugar, estos autores reconocen que la realidad se aleja (en mayor o menor grado, según el autor) de lo que el modelo prescribe. En tercer lugar, esa discrepancia no se atribuye al funcionamiento del mercado *per se* sino a la operación de ciertas fuerzas que obstaculizan su “buen comportamiento”. Es decir, se trata de fuerzas que inhiben el a veces denominado “automatismo maximizador” de los mercados competitivos. Estas fuerzas, diríamos que por definición, se consideran *exógenas*. En cuarto lugar, como éstas son las fuerzas responsables de la no plenitud de los mercados competitivos, también son las culpables de que la economía no se empine hasta los óptimos de Pareto. Es decir, que no llegue a maximizar el bienestar social. Luego, en estricta lógica, tenemos que los “fallos” del mercado no son culpa del mercado sino de esas fuerzas exógenas.

¿Cuáles son esas fuerzas exógenas? Simplificando al máximo y agrupando, podríamos distinguir: *i*) las que provocan tasas de interés, precios y salarios rígidos o “pegajosos”. En lo grueso, tienen que ver con la presencia de estructuras oligopólicas; *ii*) las que giran en torno a incertidumbres y expectativas no cumplidas. Estas fuerzas, se suelen asociar a la debilidad (o subdesarrollo) de los mercados de riesgo y seguros. Para el caso, se viene hablando de “mercados extraviados o perdidos” (*missing markets*). Es decir, la teoría maneja o exige más mercados que los que se pueden observar y encontrar.⁴¹

Como se puede ver a simple vista, tales fuerzas para nada son extrañas a los mercados. Muy por el contrario le son inherentes o resultado ineludible del desarrollo de los mercados. Por ejemplo, *un mercado sin incertidumbre sencillamente no es un mercado*. Pretenderlo (al estilo del buen Proudhon y otros mentecatos contemporáneos) es soñar con un “mercado” que responda a las características de un régimen de planificación central: “un mercado que no es un mercado pero que siga siendo un mercado”. Tal sería la plañidera. O sea, una total contradicción en los términos.

En segundo lugar (y esto apunta al primer juego de fuerzas “exógenas”) recordemos algo ya indicado: si se entienden cabalmente las leyes que regulan el funcionamiento de los mercados competitivos, tenemos que aceptar que *ineludiblemente* se transforman en mercados oligopólicos. Es decir, la misma transformación responde a leyes objetivas ineluctables.

⁴⁰ Ver Murray Milgate y John Eatwell, “Unemployment and the market mechanism”. Aparece en Eatwell y Milgate (eds.) *Keynes's Economics and the Theory of Value and Distribution*, Nueva York, Oxford University Press, 1983.

⁴¹ Ver, por ejemplo, Frank Hahn (eds.) *The Economics of Missing Markets, Information, and Games*, Oxford, Clarendon Press, 1991.

En suma, los denominados "fallos" del mercado no son más que rasgos consustanciales al fenómeno en cuestión.

La moraleja o conclusión que se desprende es muy clara: se trata de exculpar a los mercados de sus culpas. O bien, si así se quiere, se trata de borrar sus lados malos y quedarse con sus lados buenos. Y, en este contexto, se discuten los modos que pudieran permitir esa especie de nirvana proudhoneyano. Los resultados se conocen: son iguales a lo que terminó por comer el muy famoso coronel de García Márquez.

